

PUBLICACIONES
DE
CRONICA 
 **MEDICA**

EXEGESIS DEL COMPLEJO DE EDIPO
(SOBRE EL PSICOANALISIS)

POR EL

Dr. JUAN J. LOPEZ IBOR



Valencia, 15 abril 1934

EXEGESIS DEL COMPLEJO DE EDIPO
(*SOBRE EL PSICOANALISIS*)

POR

JUAN J. LOPEZ IBOR

Catedrático de Medicina
Médico del Manicomio provincial de Valencia

En la reunión de médicos y naturalistas alemanes que se celebró en Könisberg en septiembre de 1930, Oswald Bumke (1) recapituló su crítica acerca del psicoanálisis, diseminada hasta entonces en varias de sus publicaciones; en toda su comunicación, como en su libro publicado poco después, expone, con la tersura peculiar de su estilo, una repulsa tan viva contra todo el sistema que llega a sentar la afirmación categórica de que el psicoanálisis no sólo no es ciencia natural, sino que ni siquiera merece la designación de ciencia para quienes no osan penetrar en el camino de la investigación, sin ahincarse en el rigor de unas demostraciones.

No es Bumke el único psiquiatra que ha tomado posiciones tan definidas en la contienda contra el psicoanálisis; por otra parte, los discípulos de esta escuela han buscado y siguen buscando nuevos avales para su doctrina, aun fuera de los puros documentos clínicos. De la mitología obtuvieron ya importantes préstamos, y recientemente aducen el conjunto de hechos y la doctrina general de la reflexología, fundada en las experiencias de Pawlow, como la confirmación definitiva de sus principios (2).

(1) Oswald Bumke.—*Über Psychoanalyse. 91. Versammlung der Gesellschaft deutscher Naturforscher und Ärzte zu Könisberg i. Pr.*, septiembre 1930.

(2) Véase, sobre todo, Ischlonsky.—*Neuropsyché und Hirnrinde* Urban-Schwarzenberg. Berlín-Viena, 1930. Además, Luria.—*Intern. Zeit. f. Psychoanalyse*, 1926. Lindner.—*Acta Medica Scandinava*. Vol. LXXV, 1931. French.—88 reunión de la *American Psychiatric Association Philadelphia*, junio 1932.

Al psicoanálisis, como visión del ser del hombre sobre el mundo, se le opusieron desde el principio objeciones de tal calibre que no las puede resistir ; sin embargo, es evidente lo que le debe la clínica humana y en especial el hombre enfermo. Por esta razón es necesaria una revisión de sus principios fundamentales, tratando de cerner lo útil y exacto, separándolo de la escoria que inunda la mayor parte de la literatura psicoanalítica. En este trabajo nos limitamos a estudiar la existencia y sentido del complejo de Edipo a la luz de nuestra propia experiencia psicoterapéutica.

Su conocimiento ha alcanzado difusión tan extensa que ha penetrado en el círculo cultural del filisteo y, con mayor razón en el del médico no psiquiatra ; podemos, pues, ahorrarnos su descripción detallada. Baste recordar (1), a guisa de referencia para las consideraciones posteriores, que el niño, tras su fase narcisista y de perversidad polimorfa, dirige su libido hacia su madre (complejo de Edipo) y la niña hacia su padre (íd. de Electra), ligándose a ellas mediante una inclinación estrictamente sexual, que trae como corolario el odio al rival (al padre en el de Edipo) que le disputa la posesión del objeto de su libido. La angustia ante la amenaza expresa o callada del rival engendra el complejo de castración, raíz de muchos casos de impotencia.

Dentro de la misma escuela psicoanalítica hay autores como Ferenczi (2) que pretenden ampliar la interpretación de aquel complejo atribuyéndole un sentido biológico de mayor alcance. Para él la sexualidad se hallaría al comienzo distribuída por todo el organismo, de suerte que cada órgano se satisfaría de un modo egoísta y hasta anárquico sin preocuparse de los demás. En fases posteriores la sexualidad se encontraría en los genitales, los cua-

(1) Freud, S.—Obras completas y en especial *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, Leipzig y Viena, 1910.

(2) Ferenczi, S.—*Versuch einer Genitaltheorie*, Leipzig-Viena-Zurich, Int. psychoanal. Verlag. 1924.

les asumirían la representación del resto de los órganos, es decir, constituirían el símbolo de todo el yo. Con estas premisas es fácil comprender la significación que tendría el coito: la expresión del deseo de retorno a la quietud del interior del vientre materno. Así, «el deseo de Edipo puede considerarse como el símbolo de una tendencia biológica más amplia que impele a los seres a la posición de reposo anterior al nacimiento».

Freud llegó a descubrir el complejo de Edipo después de haber utilizado la psicocatarsis en la curación de ciertos fenómenos histéricos y de haber lanzado la doctrina del trauma psíquico. En la requisa de los hechos determinantes de las neurosis en la vida infantil halló con marcada persistencia esta dirección materna de la libido, que actuaría como un trauma de notable violencia; después de esta descripción primera la literatura psicoanalítica se ha llenado de relatos clínicos parecidos (1).

Bumke, en la conferencia citada, niega en redondo la *existencia* de este complejo; recurre, además, a la gran autoridad de Hoche, su maestro, quien dice textualmente: «Me he esforzado durante años en encontrar a alguien que desease a su madre y mantuviese el ansia de matar a su padre. No lo he logrado; a otros experimentados colegas les ha ocurrido lo mismo. El complejo de Edipo navega por la literatura como *el buque fantasma* por los mares; todo el mundo habla de él, algunos creen en él, pero nadie lo ha visto.» Transcribe un párrafo de Stendhal (2) que dice así: «Yo estaba enamorado de mi madre. Debo apresurarme a añadir que tenía siete años cuando la perdí... Siempre

(1) Sólo acerca del complejo de castración en la mujer cita Versteeg-Solleveld en 1931 alrededor de treinta y nueve trabajos en la bibliografía germana.—*Psychiatr. Bl.*, t. 35, 129, 1931.

(2) Los psicoanalistas han espigado en la literatura cuantos complejos existen o se imaginan, aunque no suele tratarse de descripciones como la citada. A Rank se le debe el mayor acopio de material de esta clase, pero de muy diverso valor. Otto Rank.—*Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage*. Ed. Deuticke. Leipzig, Viena 1926. Laforgue, por ejemplo, interpreta en este sentido la vida de Baudelaire.—*Encéphale* 25 *suppl.*, número 10, 1930.

quería besarla y deseaba que no hubiese vestidos. Ella me amaba apasionadamente, y yo, en cambio, la besaba con tanto fuego que casi me veía obligado a huir de allí. Detestaba a mi padre cuando venía e interrumpía nuestros besos. Siempre se los quería dar en el pecho.»

Ante testimonio tan veraz acepta el psiquiatra citado que puede existir un amor de los sentidos, orgánico, no espiritual, por la madre; pero niega que sea un hecho frecuente, y mucho menos general, ya que como psiquiatra nunca ha visto amores de esta clase entre los niños psicópatas, y mucho menos en los sanos. Todavía es más tajante su negativa ante el complejo de castración traducido en la vida onírica por el ensueño de deslumbramiento o de la ceguera. «No sé, dice, cómo se le ocurre al psicoanálisis sustituir en la leyenda de Edipo la ceguera por la castración. Sólo sé que lo hace con la misma seguridad con que la química afirma que el agua se compone de oxígeno e hidrógeno.»

Para mí es evidente que todo psiquiatra que no dirija sus actividades con gran intensidad en sentido psicoterapéutico difícilmente topará con el complejo de Edipo ni con otro alguno. Cuando se dedican, empero, muchas horas a ponerse en contacto con las vivencias íntimas de los enfermos, sin contentarse con la banalidad de un diagnóstico fácil realizado en la primera entrevista, se encuentran *hechos* análogos al episodio autobiográfico de Stendhal y aun más vivos en los detalles del transporte amoroso. Un enfermo me relataba cómo en una de sus crisis le inundó una sensación de irío y una angustia tan grande que se metió en cama; pero no bastándole el calor de ella, fué su madre la que tuvo que desnudarse y proporcionárselo, de modo inverso a como le ocurría con sus doncellas al viejo rey David. Este enfermo había sido traqueotomizado a los dos años para soslayar los accidentes agudos de una difteria. La herida, cuidadosamente cultivada para que le sirviera de exención del servicio militar, era diariamente curada por su madre. Por fin habiendo surtido ya sus efectos legales, la cerró el cirujano. Nunca consintió en se-

pararse de su madre durante su vida de estudiante; una vez que lo hizo para completar sus estudios, le mandó un telegrama, a los pocos días, que decía: «Desconsolado y triste, vuelvo inmediatamente.» La vida onírica de este enfermo reflejaba exactamente su actitud vital; de uno de sus ensueños son estas líneas: «Estoy en un jardín con pistas de *tennis*. Juegan unas muchachas amigas mías, y como no hay sitio libre no puedo jugar yo. Al fin terminan, y yo me dispongo a ensayar algunos golpes solo mientras descansan; pero mis padres que están allí no me dejan. Descubro en su actitud la intención de impedirme jugar, porque creen que no me conviene. Me conformo a regañadientes a esperar a jugar más tarde; pero cuando llega el momento sirven la comida para mis padres y para mí en la misma pista de *tennis*, que se ha convertido en mesa; comprendo que esto es una artimaña para no dejarme jugar y me encolerizo; pero al mismo tiempo que siento ira hacia mis padres me dan lástima por lo que tienen que sufrir conmigo por mi enfermedad, que no combato como debiera. Esta lástima me hace besar a mi madre; pero al besarla la muerdo, y esto me vuelve a dar un gran remordimiento.» Toda la neurosis de este enfermo encerraba un defecto fundamental en su actitud frente a la vida, por su innegable inclinación hacia su madre.

La escuela psicoanalítica no sólo califica estos hechos con el nombre de complejo de Edipo, sino que pretende que se trata de una dirección de la libido de *todo infante, idéntica a la que en el adulto existe hacia las personas del otro sexo*. Con ello, además de la afirmación de un hecho, ha establecido una interpretación general del mismo, ha universalizado su existencia y la ha engarzado en la doctrina general de su sistema. Es totalmente arbitrario pretender que todo hombre cuenta en su biografía con una tragedia de Edipo; ésta podrá ser un símbolo expresivo de una realidad muy distante de su verdadero contenido, que ha tenido la virtud, como toda la terminología psicoanalítica, de haber llamado la atención sobre sí y de haber contribuído a su

difusión. ¿Puede pretenderse sinceramente que esta escuela ha revolucionado más la psicología que las experiencias de Köler o ha sido mayor su influjo en psiquiatría que el ejercido por las doctrinas de Kraepelin? De su mayor difusión y alcance es, pues, responsable, en parte, la audacia de sus formas expresivas, y por ello es necesario prescindir de ella para quedarnos con lo que haya de contenido exacto.

Este complejo sólo puede admitirse con el carácter de símbolo de una fase en la evolución del infante. El problema ahora radica en averiguar en qué consiste esa fase. En primer lugar, en el complejo de Edipo no se trata de una vivencia única y fuerte que imprime su huella sobre el psiquismo infantil, todavía maleable y en formación, para dejarlo deformado el resto de su vida. En general, no basta una vivencia única, un trauma único para determinar una neurosis persistente, y en los pocos casos en que esto ocurre la actuación del psicoterapeuta es fácil y agradable; por ello es insuficiente el descubrimiento de un complejo o de varios, por decisivos que sean, para que el enfermo se cure (1), salvo excepciones. Todavía ocurre esto menos en un complejo como éste, cuyo anclaje en la vida del individuo se hace lentamente y por fases. Un enfermo aparece por primera vez ante nosotros diciendo estas palabras a guisa de presentación: «Mire usted, yo tengo un complejo de Edipo; pero sigo tan enfermo como antes de su descubrimiento.» Y, en realidad, la esencia de su neurosis era este complejo.

El complejo de Edipo no es más que el símbolo de una actitud vital falsa y desviada; se desarrolla, en especial, durante dos momentos de la vida infantil, pero de importancia distinta. Freud ya puso de manifiesto que en el desarrollo de la sexualidad podemos distinguir dos fases principales: una precoz, que los estudios de Carlota Bühler han confirmado y situado entre el tercero

(1) En la vida mental de los esquizofrénicos existen muchos complejos que pueden ser descifrados según la técnica psicoanalítica, siquiera sea parcialmente. Sin embargo, no habrá quien pretenda poseer con ello el abracadabra de la curación de la esquizofrenia.

y cuarto año (1), y la segunda durante la pubertad. Examinemos sus características.

Muy tempranamente en la vida de todo sér se establece una ligazón afectiva con la madre; acaece en todos los individuos, y desde el punto de vista del desarrollo de los mismos viene a ser algo tan necesario como la lactancia materna, pudiéndose prescindir de ella con los mismos riesgos y peligros como puede prescindirse de ésta. Valor patogénico, pues, no lo tendrá cuando aparezca, sino *cuando persista más allá de sus límites temporales corrientes*, es decir, cuando todo el caudal de la vida instintiva siga inserto en ella en lugar de tomar otras direcciones. Por ello no es frecuente que la neurosis dibuje su fachada a tenor de las vivencias del complejo de Edipo; su valor patoplástico es nulo, y por esta razón pasa desapercibida para el enfermo su existencia.

Hemos hablado de *todo el caudal de la vida instintiva*, a diferencia de la ortodoxia psicoanalítica. ¿La relación de madre a hijo posee un matiz sexual específico? Freud dice que la libido toma esta orientación; pero ya sabemos que esa fuerza proteiforme y misteriosa que llaman libido, gracias a los límites extensísimos que le han concedido, ha perdido su contenido específico, llegando en Yung (2) a confundirse con el *élan vital*, o sea, con todo el caudal instintivo. La libido del psicoanálisis no equivale al manantial de las vivencias sexuales; viene a representar, como dice Schulz, *toda la animalidad del sér*. Es natural que ésta se dirija a aquello que primero le aparece en su lento despertar: la madre. Le ocurre al hombre lo que a los gallos de Schjelderup, cuya conducta ulterior depende de su primera impresión de miedo o de dominio a su llegada al gallinero. *En la primera fase del*

(1) Ch. Bühler.—*Zum Problem der sexuellen Entwicklung. Z. f. Kinderheilkunde*, 51, 612, 1931.

(2) Yung C. G.—*Wandlungen und Symbole del Libido. Jahrb. f. Psychoanalytische Forschung*, 3 y 4, 1911 y 1912.

desarrollo de la sexualidad el complejo de Edipo representa la dirección primitiva de toda la animalidad o instintividad del sér hacia el principio biológico que tiene más cerca: la madre.

C. Bühler con Spielmann (1) han resumido sus investigaciones acerca de la conquista del propio cuerpo en los primeros años de la vida diciendo que de ella dependen las directivas sociales y caracterológicas del individuo. La diferencia entre un niño confiado y uno tímido, entre uno con iniciativas y otro con actitudes pasivas, se anuncia ya en el primer año, y depende de las propias experiencias en el dominio motor de la situación exterior e interior. Si esto ocurre en el dominio motor es seguro que en el de la afectividad, y en general en el desarrollo de la actitud vital, deben tener una gran importancia las vivencias surgidas en el fragor de los primeros contactos con el mundo y, por lo tanto, con la madre. Quien afirme que estas vivencias son sexuales en sentido estricto desconoce el valor de esta palabra. Heller (2) ha dicho recientemente que los fenómenos que se designan con el nombre de onania del lactante no son actos sexuales típicos, puesto que falta el curso angular característico de la vivencia sexual, con una cuesta ascendente hasta el acmé y otra descendente en el orgasmo; se trata simplemente de una ocupación lúdica (de juego), con sentimiento de placer, pero sin aquellas características; es sólo un *placer funcional*.

Cuando se escarba en la vida del enfermo raramente nos hallamos ante *vivencias con valor patológico procedentes de épocas infantiles tan remotas*, aunque es indudable la influencia de cualquier actitud vital viciosa o defectuosa en sus comienzos. El experimento crucial y definitivo se realiza siempre en la época de la pubertad, cuyo valor crítico para el sexo masculino ha sido señalado y descifrado por Marañón (3). Aun fuera de la esfera sexual,

(1) Bühler u. Spielmann.—Z. Psychol., 107 31 (1928).

(2) T. Heller.—Z. Kinderheilkunde, 40, 72 (1932).

(3) G. Marañón.—*Los estados intersexuales en la especie humana*. Morata, editor Madrid, 1929.

la pubertad representa la época de los grandes descubrimientos ; el niño vive en otro mundo que el nuestro, del mismo modo que es distinta la realidad de un adulto antes y después de un grave traumatismo craneano de importantes secuelas. *La pubertad significa el descubrimiento de la propia individualidad*, asentando sobre la vivencia del ser del hombre en el mundo ; es entonces, pues, cuando se traza el esquema de adaptación de las características individuales al espacio vital de cada hombre. En la vida de los neuróticos descubrimos siempre la importancia trascendental de este período, ya que en enfermo se convierte, inevitablemente, todo aquel en quien el esquema de adaptación se ha trazado de una manera falsa. También desde un punto de vista terapéutico hay que afirmar en contra del psicoanálisis la mayor trascendencia de las vivencias de este período frente a las de las remotas épocas infantiles ; raramente he visto una abreacción frente al redescubrimiento de un trauma infantil precoz.

A la formación del ideal de la personalidad que se realiza en esta época contribuyen numerosos factores ; sería error gravísimo desconocer la importancia de la propia constitución y de otros factores biológicos. Pero para el examen del complejo que nos interesa importa señalar que *en todo el ámbito del concepto freudiano de la libido campea el grave error de confundir la erótica con la sexualidad*; lo que en el mundo cultural corriente se califica como sentimientos, actos y tendencias eróticos no sería más que sexualidad. Un paso más y, mediante el acto taumatúrgico de la sublimación, todo ello se convertiría en cuanto de bello y bueno produce el hombre. Bien es verdad que este concepto tan precario de la erótica ya lo emitió Schopenhauer cuando en su *Metaphysik der Geschlechtliche* establece que el fin inconsciente de todo amor no es otra cosa que la composición de la nueva generación (1).

Pero la vivencia erótica tiene una raíz y unas calidades distin-

(1) Weininger dice agriamente que tanto Kant como Schopenhauer no podían opinar sobre este asunto. El primero por demasiado puro ; el segundo porque era un hombre extremo que yacía bajo el instinto sexual, pero que no amó nunca.

tas de la sexual ; ésta no tiene otra dirección que el contacto con el objeto sexual. No se concibiría entre seres asexuados ; no tiene por qué existir entre seres con sexualidad ya muerta. En cambio, el afecto erótico no tiene aquella orientación hacia el contacto con el objeto sexual ; existe sin necesidad del mismo, aunque casi siempre le acompañe. Se establece entre la vida psíquica de dos seres por una proyección especial de una sobre la otra ; en una palabra, se trata de una vivencia estética. Como dice Spranger (1), «una estructura de vivencias tiene sentido estético cuando sin apetencia de goce o posesión real y corporal, se funda en la unión psíquica (proyección sentimental) con un objeto intuitivo, ya sea dado como real o sólo imaginativamente».

En la madurez, erótica y sexualidad resuenan unísonamente ; precisamente en ello consiste, y no se consigue ni psíquica ni biológicamente mientras no se fundan todos los elementos parciales del desarrollo. En la pubertad es cuando se inician las discordancias más esenciales entre unas y otras ; recuérdese que las personalidades psicopáticas se han definido como personalidades discordantes. El complejo de Edipo es entonces cuando se fragua de un modo decisivo, porque *la erótica queda fijada en la madre* y la sexualidad dirigida hacia otras personas, no llegando a ensamblarse luego como debieran ; también en la vida onírica se traduce esa disociación ; uno de nuestros enfermos relataba así un ensueño : «He tenido esta noche pasada un sueño erótico seguido de polución, cuyos detalles no recuerdo. La protagonista ha sido mi novia, y me permito señalar que desde hace ya mucho tiempo que es ella la mujer que ocupa este lugar en mis sueños lúbricos con más frecuencia que ninguna otra, cosa que no ocurría en la primera época de nuestras relaciones. Después del sueño, al final del cual me he despertado, no puedo recordar quién me ha preguntado por qué prefiero yo mi madre a mi novia, siendo ésta mucho más joven y mucho más atractiva como mujer que aquélla. (Nunca se le había

(1) Eduardo Spranger.—*Psicología de la edad juvenil* Rev. de Occidente. Madrid.

propuesto ni sugerido tal cuestión.) He contestado que porque en mí lo físico tiene menos importancia que lo moral u otra cosa por el estilo de esta.» Debo apuntar que el síntoma fundamental del enfermo era una impotencia, aparecida al intentar el comercio sexual con una mercenaria.

Finalmente, los psicoanalistas pueden aducir en favor de la tesis de la relación *sexual* entre madre e hijo el hecho de que se establece entre personas de diverso sexo. Si la relación no fuese sexual y poseyese sólo el sentido biológico de ser una fase para el desarrollo del psiquismo, y en general de todas las actitudes vitales del individuo, no tendría por qué establecerse de un modo cruzado; incluso pudiera ocurrir que la madurez se consiguiera mejor si la relación se entablara entre padre e hijo y madre e hija, ya que así la correlación de actitudes ante la vida es mayor. Pero con ello queda olvidado el principio esencial de que todo espíritu individual no alcanza nunca su plenitud cuando se desarrolla aislado y limitado, sino sólo si se entrecruza con un principio complementario y formativo. La presencia de los dos sexos es así algo esencial a la forma existencial de la Humanidad.

Humboldt (1) decía que se podría conquistar el ideal de una Humanidad pura y sin sexo mediante la fusión mental de las características de ambos sexos, llegando así a una unión íntima de una pura virilidad y de una pura feminidad, que desaparecerían como tales para dejar paso a una concepción andrógina de la misma. El camino de la abstracción nos conduciría allí, bien mediante la supresión en el tipo de los caracteres sexuales o de su fusión para obtener una nueva imagen del hombre. El sexo sería como una limitación. También Marañón (1. c.) reduce el valor esencial de la existencia de los dos sexos, a pesar de haber señalado magistralmente sus diferencias esenciales al asignar a la virilidad el papel de meta a que aspira la feminidad, haciéndose eco, a pesar de haber llegado a ello por camino diverso, de la con-

(1) Humboldt.—*Über die männliche und weibliche Form.*, 1795.

cepción de Adler, que supone en toda mujer la existencia del complejo de inferioridad de su propia feminidad.

De la misma manera que en el terreno metafísico no se pueden sustentar las anteriores palabras de Humboldt, tampoco en el biológico ni en el psicológico debe quedar infravalorado lo eterno femenino. Feuerbach (1) ya decía: «Yo pienso, yo siento sólo como hombre y como mujer», y Bachofen (2) estableció, de una manera definitiva, la vuelta al polo chtonico-materno de la vida, que es la mujer. La erótica y la sexualidad son dos aspectos distintos del modo de establecerse la relación entre estos dos polos, y ni siquiera puede afirmarse que se trata de un paralelismo, rememorando la ya periclitada hipótesis del paralelismo psicofisiológico. *El complejo de Edipo significa el modo cómo se establece aquella relación en dos momentos esenciales de la vida individual: el de los primeros años y el de la pubertad*, si bien, como hemos dicho antes, en la historia del neurótico es más esencial el segundo.

(1) Feuerbach.—*Über Spiritualismus.—Kritik des Idealismus*, núm. 15.

(2) Bachofen.—*Mutterrecht*. Ed. Schroter.—Baemler, Munich, 1926.

Imprenta La Semana Gráfica
: ARTES GRAFICAS EN GENERAL :
Conde Salvatierra de Alava, 20 VALENCIA